

NECESIDAD DE CIMENTAR
LOS ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS EN ESPAÑA
SOBRE UNA BASE DE SANA PERO SEVERA CRÍTICA

Al expresar en breves términos algunas observaciones sobre la necesidad de una crítica histórica más severa en los estudios eclesiásticos modernos de nuestra patria, queremos mantenernos en terreno elevado sin atrevernos a citar tratados y menos autores, que ello sería odioso y por lo tanto impropio de una Asamblea tan solemne como respetable, cual es la presente. Únicamente pretendemos manifestar y defender una aspiración que a muchos anima y a la que, por ser efecto de un justo criterio, parece conveniente conceder eficaz protección, a fin de que nuestros estudios tengan cada día mayor aceptación y prestigio en el mundo culto.

Cuando se pronuncian hoy ciertas palabras de grande resonancia moderna, como libertad, justicia social, proletariado y otras, no pocos se alarman recelando justamente que bajo la capa de tales mágicos vocablos no se escondan algunas veces siniestras intenciones. De un modo semejante tratando de obras literarias, al oír el nombre de crítica histórica en labios de protestantes y racionalistas, se sospecha también con fundamento que éstos la empleen con apriorismo sectario contra el dogma católico y las venerandas instituciones de la Iglesia: temor verdaderamente razonado y que quizá influya no poco en la prevención con que algunos católicos, excesivamente suspicaces, reciben los legítimos progresos de una sana crítica, como si los que la practican se dedicaran prevalentemente a destruir creencias y tradiciones arraigadas en el pueblo, cual improvisados obreros armados de piqueta demoledora para la desaparición de vetustos edificios.

Y no obstante si la Historia, a despecho de la opinión de tantos filósofos racionalistas modernos, es verdadera ciencia, *lo debe a la crítica*, que la alimenta continuamente con aportación de nuevas noticias exactas y depuradas de falsos conceptos, y la robustece con la verdad comprobada de hechos y fidedignos testimonios. No debe confundirse la Historia crítica con la narración artística,

que busca la belleza como la poesía, ni siquiera con la narración simplemente descriptiva y edificante, que producía en la Edad Media las entonces llamadas Leyendas, más aceptables ciertamente que las que actualmente reciben tal nombre, de significado novelesco. La Historia crítica busca la realidad y toda la realidad de los hechos comparados entre sí con criterio estrictamente objetivo, después de haber compulsado los documentos fidedignos que los describen. ¡Hay que ver cuántas verdades, cuántas fuentes históricas antes descuidadas salen a luz cada día gracias al paciente trabajo depurador, al proceso científico de la crítica textual y de la crítica histórica!

De ahí puede deducirse también cuán equivocadamente proceden aquellos que atacan *indirectamente a la crítica histórica*, creyendo que es trabajo inútil en la mayor parte de los casos y que sus reglas son demasiado minuciosas, y hasta tienen compasión de cuantos se dedican a descubrir nuevos documentos y comparar entre sí innumerables textos para establecer la autenticidad o falsedad de las narraciones, resucitando originales por largos siglos perdidos o enormemente adulterados. Noble función de la crítica histórica es ésta y encomiada por el inmortal pontífice Leon XIII, cuando escribía «Enitendum magnopore, ut omnia ementita et falsa, adeundis rerum fontibus refutentur, et illud in primis scribentium observetur animo, primam esse historiae legem ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat, ne qua suspicio gratiae sit in scribendo, ne qua simultatis¹».

Si los defensores de nuestra sacrosanta religión quieren triunfar del prejuicio que tantos escritores racionalistas tienen contra los autores católicos, deben armarse previamente de un vigoroso sentimiento crítico, no ciertamente para ir a remolque de tales heterodoxos, como hacen los modernistas, no ciertamente para ceder a los enemigos de la Iglesia el campo sacro-científico legítimamente conquistado, el baluarte de la verdad revelada y definida, el depósito de la Fe conservado en la Sagrada Escritura y en la tradición explicada por los Santos Padres y por el magisterio auténtico del Pontificado, ni aun siquiera para renunciar a creencias y tradiciones piadosas, ajenas a la fe revelada

¹ Epist. 18 Augusti 1888.

pero que se apoyan en fuentes históricas fidedignas, sino para negarse a admitir otras que no cuenten con fuertes motivos de credibilidad y que, por lo tanto, han sido abandonadas por los escritores de mayor nota, señal manifiesta de que no ofrecen base segura ni científica.

Repetimos que *no debemos* condescender con los escritores racionalistas o modernistas en cuestiones histórico-dogmáticas, teniendo como tenemos en nuestro apoyo, además de graves documentos, los motivos de credibilidad que nos da la Iglesia, principalmente la asistencia del Espíritu Santo a la misma Iglesia para conservar la tradición divina y eclesiástica pura, exenta de error. Injusta es la pretensión de dichos escritores heterodoxos y de los modernistas radicales al exigir de los católicos que al componer la historia de la Iglesia prescindan de las verdades reveladas y definidas por la Iglesia, a fin de que procediendo *de la duda sistemática* de Descartes, aun en cuestiones de dogma, se llegue al descubrimiento de la verdad pura, sin apriorismos profesionales. La fe y la razón son dos lumbreras divinas y que por lo tanto nunca deben confundirse y tampoco pueden obstaculizarse entre sí, si se aplican rectamente: la fe ilumina a la razón y ésta, aunque de inferior naturaleza, procura apoyar a aquélla, demostrando su credibilidad o no repugnancia.

De todos modos *tampoco es necesario probar todos los artículos* de fe divina y apostólica con testimonios escritos. Hay sacramentos como el Bautismo y Sda. Eucaristía, que tienen en su apoyo no solamente la tradición divina sino también clarísimos y numerosos textos sagrados; otros, en cambio, tienen más apoyo en la tradición, divina que en los libros sagrados, y hay muchos dogmas que únicamente o casi únicamente descansan en la tradición rectamente interpretada por la Iglesia. Al fin los Evangelistas no escribieron todo lo dijo e hizo Jesús (en el mundo no cabrían los libros necesarios para ello, como afirma S. Juan con fina y dulce hipérbole) ni los SS. Padres, que escribían según las circunstancias lo exigían, consignaron explícitamente todas las verdades que cree explícita o implícitamente la Iglesia y que conserva fielmente la Tradición venerable. Todo esto lo decimos porque existen algunos tratados y aun libros de Historia eclesiástica escritos con criterio demasiado apologético. Ciertamente el histo-

riador católico debe estar atento para descubrir en el decurso de la vida de la Iglesia los vestigios de aquella fe que profesa y de la tradición católica, que venera, para consignarlos convenientemente por escrito; pero de este método lógico y saludable pasar a una extorsión de los testimonios y fuentes con el fin de hacer declarar por ello todo cuanto creemos dijese, hay enorme diferencia. Si no me hubiera propuesto omitir nombres, podría presentar muchísimos ejemplos de esa equivocada apología, que me vienen a la memoria. La Iglesia no necesita esta defensa excesiva y contraproducente. Hemos visto despreciados algunas veces por eminentes personajes católicos tales tratados, apreciables bajo otros aspectos.

Peor es *el conato de justificar hechos y personas*, por elevadas que fueren y aun famosas en la dirección o gobierno de una nación o de la misma Iglesia universal, cuando ya generalmente han merecido un fallo desfavorable de la historia. Tratamos muchos años con un gran escritor austriaco, autor de la más extensa y más famosa historia de los papas, al cual dos años antes de morir oímos quejarse de los ataques de un historiador español por lo que él había escrito sobre un altísimo personaje; y para corroborar el fundamento de sus quejas me enseñó unas cartas autógrafas del mismo personaje que no tenían réplica. Tuve que leerlas y releerlas porque estaban escritas en viejo catalán o valenciano (que es lo mismo), lengua que el no entendía perfectamente.

En algunos historiadores se descubre sin dificultad la *tendencia a aumentar los defectos* de los enemigos, y por el contrario en disimular las *faltas de los amigos* y principalmente de los compatriotas. Cuando años atrás surgió una extensa y mal digerida literatura sobre la patria de Colón, negando a Génova la gloria que le pertenece, oímos con risa a un escritor español que juraba por su amor a España defender hasta la muerte la patria española del gran navegante, como si el incomparable imperio de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II necesitaran una gloria más o como si no pudieran venir nuevos documentos, sacados del polvo de los Archivos, a favor del Colón italiano. El amor a la propia nación no debe hacer perder a nadie el equilibrio ni forzar la balanza a inclinarse a favor de la misma. Es gracioso ver como ciertos historiadores rechazan sin titubear tradiciones o creencias

populares de otras naciones, sobre el origen de sus iglesias, ciudades o cristiandades: les basta que haya algún escritor extranjero que las impugne para suscribir tales afirmaciones; pero, que se trate de su patria; ah, entonces veréis como cambian de criterio, y que lo aplican con excesiva benignidad para defender todo cuanto les parezca glorioso para el pueblo, que los vió nacer, o para la iglesia que los educó. Y no obstante es evidente que la crítica histórica no debe tener dos diversas medidas; es objetiva y esencialmente internacional: no tiene fronteras ni conoce amistades, pudiendo repetir siempre con dignidad el conocido adagio «Amicus Plato, sed magis amica veritas».

No es buena la apología que tiene su fundamento más *en la simpatía* que en la objetividad de los hechos. Hermoso es el libro del gran escritor cristiano del siglo IV Lactancio, cuyo título es «De mortibus persecutorum», pero ¿quien se atreverá hoy a sostener que hayan tenido muerte desastrada todos los perseguidores de la Iglesia y la hayan experimentado dulce y feliz todos los grandes bienhechores de la fé católica? El Señor no paga siempre el sábado, como vulgarmente se dice, reservando muchas veces el premio o castigo para la otra vida. El gran monarca Felipe II, tan calumniado hasta por escritores católicos extranjeros y tan desfigurado por el gran historiador moderno de los papas, a pesar de haber sido una de las principales columnas de la Iglesia en el siglo XVI, tuvo una muerte terrible viendo antes su cuerpo parcialmente comido de los gusanos; como también la tuvo desastrada entre los bárbaros de Africa su pariente y excelso rey de Portugal, Don Sebastián, y en Francia su rival y restaurador de la unidad católica Enrique IV, caído bajo el puñal de Ravaignac, mientras que en Inglaterra morían con muerte natural y plácida la reina Isabel, hiena insaciable de sangre católica, y en otras cortes muchos príncipes alemanes y escandinavos, que separaron irreparablemente sus reinos de la obediencia al Sucesor de San Pedro. Cruelísimos fueron ciertamente, como refiere la tradición, Nerón y Domiciano, que derramaron tanta sangre cristiana, pero «delicia del genero humano» fueron llamados los grandes emperadores Trajano, el español, y Marco Aurelio, el filósofo, cuyas persecuciones por ser más extensas y duraderas fueron más sangrientas que las de aquéllos. En un mismo siglo dos excelsos

y santos monarcas, primos hermanos entre sí, lucharon contra los sarracenos: S. Fernando de Castilla y S. Luis IX de Francia. El primero ganó todas las batallas, el segundo las perdió todas: aquél murió en su reino con el llanto y amor de los magnates presentes; el segundo cayó prisionero del Sultán y luego murió en tierra infiel viendo diezmado su ejército y terminadas para siempre las grandes cruzadas. La Historia no puede explicar todos los hechos ni es posible ni razonable querer llenar sus lagunas. La Providencia Divina en el desenvolvimiento de la Historia muchas veces se palpa, otras veces queda oculta a nuestros pobres ojos. El Señor permitió que el arrianismo y otras grandes herejías de los siglos IV y V atormentaran a la Iglesia recién salida de las catacumbas para depurar a la sociedad cristiana, gran parte de la cual había pasado con demasiada facilidad del paganismo a la fe de Cristo sin la convicción del tiempo de los mártires y no pocos atraídos por el ejemplo y favores de Constantino y demás emperadores cristianos. Véase también el designio divino en la invasión de los bárbaros que destruyeron tanta civilización pero que poco después, convertidos ya a la fe verdadera, debían formar la sociedad eminentemente cristiana de la Edad Media. El mismo azote del Protestantismo, la mayor y más tenaz herejía de la historia, que arrebató media Europa a la Iglesia, queda en parte compensado con la reforma verdaderamente saludable del Concilio Tridentino y de los grandes papas, doctores y santos que la acompañaron y siguieron. Pero ¿hay alguien que descubra en la historia la compensación del daño inmenso que produjo el feroz y sensual Mahometanismo, que sumió en la barbarie tantas regiones de Africa, Asia y Europa antes tan florecientes — véase la patria de los Cirilos y de Agustín — y que todavía sigue tan refractaria a la cultura y especialmente a la fe de Cristo? Dios solo puede explicar todos los hechos de la humanidad; el hombre puede seguir muchas veces esa Filosofía de la Historia, pero *debe hacerlo objetivamente* y nunca con la sola imaginación.

La Historia debe buscar la certeza, en cuanto sea posible, pero, siendo ciencia moral, no pocas veces tiene que contentarse con probabilidad y aun con frecuencia dejar el asunto completamente *dudoso*. Y si no existen fundamentos de credibilidad, antes al contrario falta toda la base de la fe humana — ya que aquí no

entra la fe divina— hay que tener valor para *combatir con las debidas cautelas y las exigencias de la prudencia ciertas leyendas*, aunque sean halagadoras para nuestras sociedades y tendencias. Estas observaciones parecen muy naturales y fáciles de comprender, pero en la práctica no pocos escritores faltan a ellas.

Es evidente que las tradiciones populares y leyendas llamadas piadosas, que ningún apoyo tienen en la antigüedad, no deben ser combatidas en revistas o publicaciones de devoción: la prudencia quiere que estas cuestiones sean tratadas en esferas más elevadas y entre personas de probado tecnicismo y competencia, y precisamente en revistas de alta cultura. Sin embargo, aun tratándose de publicaciones de menor vuelo, sería conveniente mantenerse siempre en ambiente científico sin dejarse llevar por tendencias de mal entendido patriotismo o innecesaria gloria de clases. Una cosa es abstenerse de la imprudente refutación de ciertas tradiciones orales y populares, y otra muy diversa repetir las continuamente y pretender dar nuevo apoyo a lo que carece de consistencia: aquello no debe hacerse en publicaciones de divulgación piadosa, pero tampoco es justo practicar lo segundo. La Iglesia católica es tan fecunda en iniciativas piadosas pero sólidas, tiene tantos misterios dulcísimos para entusiasmar justamente a las almas devotas, que ninguna necesidad tiene de fábulas o de las llamadas tradiciones populares para alimentar al alma fiel. Conocemos a algunos oradores sagrados de buen sentido que al tener que predicar sobre algún «llamado» misterio o de algún Santo de popular pero fabuloso renombre, prefieren recurrir a argumentos comunes a *todos* los Siervos de Dios que dar nuevo aliciente a la fantasía del vulgo, que va aumentando cada día el repertorio antiguo de sus héroes. En la parte religiosa el pueblo fiel irlandés lo atribuía antes todo a S. Patricio, como los franceses medioevales a S. Martín y los venecianos a S. Marcos, como en lo civil los antiguos romanos lo deducían todo de Rómulo y los suizos de Guillermo Tell. No son las narraciones de los orígenes o evoluciones de los antiguos pueblos fuente segura y fidedigna ni en lo religioso debe considerarse testimonio cierto el mismo Breviario, como lo demuestran las muchas correcciones del mismo desde la efectuada por el cardenal Baronio con aprobación de Clemente VIII y la proyectada por el santo Pio X, que por radi-

cal no llegó a ejecutarse, pero que habrá que llevarse a la práctica algún día. Digamos de paso que hoy día la Sda. «Congregación de Ritos» no admite lecciones históricas de nuevos oficios sin que sean examinadas y aprobadas por la Sección histórica de la misma Congregación. Ojalá se hubiese practicado antes así.

Volviendo a los tratados o revistas de vulgarización, digamos que *nada costaría* el omitir en ellas la exaltación de opiniones populares mal fundadas en la historia o por lo menos acompañar su narración *con ciertas frases*, que sin escandalizar a nadie dejaran en salvo las exigencias de la crítica, que al fin son las de la verdad humana, por ejemplo: «según refieren algunos piadosos escritores», «según cuenta una piadosa tradición», como en el Brevario se acostumbra a calificar tales creencias con un «tradtur, narrant» y otras por el estilo. Lo lamentable es ver defendidas esas tradiciones orales inconsistentes en obras de alta cultura y de aparatosa erudición, por lo cual creemos que se impone una eficaz reforma en esta materia.

FR. JOSÉ M.^a POU Y MARTÍ, O. F. M.